

las de nuestro teatro moderno puede resistir mejor la comparación con cualquier escena de cualquier teatro.

No decae la acción en lo que sigue, gracias á lo fecunda que es en efectos (1) la fábula dramática de *Mar sin orillas*.—Acusado por su madre, por sus parientes todos, que proclaman su deshonor, Leonardo vuelve los ojos al abismo; y en imprecación valentísima, de sublime poesía, promete su alma á los poderes del infierno por la presencia de Leonor.—Cuando Leonardo la llama, y Leonor, desde el fondo de la barca, responde, el cabello se eriza (como no se sea calvo ó crítico), y se aplaude, en silencio, por dentro, porque no es ocasión de palmadas. Y aquello, sin embargo, es efecto, puro efecto, ¡ya lo creo! como son de efecto las situaciones culminantes y ya inmortales de los mejores dramas del teatro romántico, y aun del clásico, que en esto no se diferencian.

Leonor viene, cree Leonardo, para probar su inocencia; es necesario que venga para eso; si no, más valdría que quedara bajo las olas.

Solemnemente jura la madre, que en aquel momento aparece digna de su nombre, pero no como madre vulgar, sentimental no más y débil, sino con la entereza que por no perder la honra del hijo puede y debe tener una madre, que no por serlo ha de abdicar toda fortaleza; y jura la marquesa de Castro, por la salvación de su alma, que ella fué testigo de la infamia de Leonor. Leonardo, que sostiene en los brazos á su esposa, la hace erguir la frente. Mira la dice al oído, esa es mi madre; mira que en ese juramento va su alma; pues si tú dices que miente... á ti te creo, ¡digo que miente! Y como siempre, Leonor contesta del único modo que sabe, diciendo la verdad, cueste lo que cueste.

Tu madre no mintió.—Pues entonces, ¿á qué vienes?—Soy inocente.—Inocente ó culpable, estás sin honra. (Leo-

(1) El efecto, cuando es bello, es un legítimo resorte que no han sabido comprender los filósofos cursis del «efectismo».—Para ser bello el efecto, ha de ser natural, pero no necesario, y es esto lo que se olvida

nardo no sabe, como sabe, por ejemplo, mi amigo el señor Vidart, que no hay inmoralidad sin intención, y que nadie es responsable sino de sus propios actos. Pero no extrañe esto en Leonardo, cuando hoy mismo sabios como Stuart Mill y Tyndall opinan que «sin responsabilidad puede haber castigo.»)

—Pues bien, volveré á las olas, por ti, Leonardo, ya que te robo la honra. Leonardo aprueba, y la inocente y virginal esposa se hunde en el mar, aquel mar que recuerda este otro sin orillas, donde las almas que naufragan no pueden esperar salvación. Perdéis la fama, sois apestados, nadie mira si sois ó no culpables; todos los pechos son roca viva, tajo profundo: no hay donde la mano encuentre apoyo, no hay orillas. Leonardo, después que se cerciora de la inocencia de su Leonor, va á buscarla en su sepultura, como hacen muchos amantes en los dramas y en el mundo. Lástima es, en verdad, que no lo haga tan pronto como yo lo digo.

¿Qué es lo principal en el drama? A esto Hegel contesta que el carácter; pero no hay que entender el carácter de la manera superficial, deficiente y á la vez *suficiente*, como lo entiende cualquier espectador presuntuoso ó cualquier crítico *por asalto*.

La estética, y sobre todo la estética especial y aplicada, exige meditaciones como la más alta filosofía, y experiencia y gusto como la más selecta obra de arte.

Para saber lo que es el carácter dramático, no basta entender la palabra según el sentido vulgar y corriente; y de aquí que todas esas condiciones que se le exigen por los críticos á domicilio, son arbitrarias y muchas veces ridículas.

Es lo principal el carácter, porque como el drama es la *poesía plena* de la humanidad, lo que interesa ante todo es la resultante de las propiedades humanas, como fuerza, en la convivencia social, influidas por el medio en que obran, y á la vez influyentes: las propiedades humanas individua-

lizadas, y en ese respecto indicado, constituyen el carácter, y esa es, en definitiva, la esencia de lo dramático. No hay en esto desprecio de la acción, como algunos estéticos suponen, sino que ésta no viene á ser sino la línea, como huella, que señala el carácter (1).

Así, en *Hamlet*, en *La Vida es Sueño*, es el carácter el que decide de la acción, sin que ésta deje de ser importante, pero siéndolo por el valor del carácter mismo.

En *Mar sin orillas* hay, para el que atiende á lo esencial, y según lo visto en la reseña anterior, interés sumo en los caracteres, en aquellos que determinan la acción humana con su movimiento. Si todo esto parece á algunos abstruso y vano sofisma para defender una tesis, no es mía la culpa: todavía no tengo yo bastante habilidad para escribir sino para aquellos que fácilmente me entiendan. Sé que sigo el hilo de un pensamiento racional, de una convicción reflexiva; no sé si lo expongo con claridad suficiente para todos.

Y sigo. El carácter de Leonardo es el objeto del *Mar sin orillas*, el objeto dramático, por más que en el primer término de la acción aparezca una desgracia de Leonor suministrando la tesis poética del drama; pero se ve fácilmente que la suerte de aquella niña no está en sus manos, que su belleza, y la tiene muy grande, no llega más que á lo que llamó Wischer el sublime pasivo ó de abnegación: sobre éste está el activo cuando llega á manifestar fuerza de buena voluntad sobre todo, vencedora de los obstáculos.

Ahora bien; ese triunfo, en la buena voluntad, no necesita ser material; bástale con la belleza espiritual, y en este sentido el carácter de Leonardo es completo, y es el que da la esencia al drama. El conflicto se le impone desde fuera; la victoria es suya. Ya sé que muchos espectadores no piensan en estas cosas cuando, á guisa de jurado, van examinando escena por escena el movimiento, los efectos, la

(1) Véase el artículo *Del Teatro*. Esta teoría se presenta allí ya modificada.

habilidad, la verosimilitud (mal entendida, por supuesto); y según aparecen circunstancias agravantes ó atenuantes, así corren la escala de las penas, pasando de la *silba mayor* al *retraimiento correccional*, según los autos. Pero ni eso es el arte serio, ni el que se precia de mirar estas materias con la atención y cuidado que merecen, hace caso de ese arbitrarío, empírico juicio que, en definitiva, nada significa. Para tales espectadores, la trilogía del Walenstein sería obra pesada, fría y un tanto inverosímil. ¿Dejaría de ser por eso la joya de más valor del teatro moderno?

Sin embargo, no se puede negar que el teatro más perfecto será aquel en que el elemento de realidad, que á imitación de la vida tiene que intervenir, para ser el campo de acción de los caracteres, parezca como arrancado de la vida misma, tanto en sus elementos constitutivos como en el libre movimiento de los accidentes. Esto excluye dos procedimientos: el desarreglado, vigoroso, pero poco natural, que el Sr. Echegaray emplea, y aquel otro que algunos le piden y de que Dios le libre, á saber: el que consiste, no en imitar la realidad cuyos misterios y antinomias no se resuelven en el limitado tiempo y espacio que el cuadro escénico puede reflejar, sino en corregirla, mejorarla, disponiéndola en *miniatura* para que en determinado momento—el escénico—dé de sí toda la finalidad que encierra, acumule las felices coincidencias que tanto se aplauden en el teatro, y sea á manera de microcosmos, hecho á imagen y semejanza de la inventiva del poeta (1).

Este procedimiento, el más convencional, el más lejano de la realidad y del drama en su verdadero concepto, es, sin embargo, el que hoy enamora á la mayoría del público y á muchos críticos; y el Sr. Echegaray, si peca por lo antes dicho, por no ver ni tomar de las circunstancias reales, sino el dibujo con que coincide el fin de su propósito dramático (adecuado al carácter, pero no á todo lo que la escena exi-

(1) Véase el artículo *Del Teatro*.

ge); si por esto peca, es claro que mucho más se separa del ideal hoy acariciado, que es la habilidad de copiar una naturaleza en la cual se concreta en breves horas (veinticuatro si es posible) todo el cúmulo de vicisitudes felices que se necesitan para que, sin faltar á lo verosímil, sin forzar los resortes, los sucesos traigan como por la mano el fin del autor, con toda la trama diabólica de su invento, tejida, enredada y desenredada en término perentorio. Como esto supiera hacer el Sr. Echegaray (y repito que no lo quiera Dios), no habría quien se atreviera á disputarle esa gloria de *estremo*, que en verdad no debe preocuparle tanto como el desarrollo de uno de esos caracteres que con tan original y poderosa vena concibe.

Ya Mad. Staël, en su libro *La Alemania*, hacía atinadas observaciones respecto á las condiciones de nuestro teatro meridional, ó, mejor, latino, en comparación con el germánico: hay cierto materialismo en que se da mucho á la técnica artística, y lo más á la imaginación brillante y aguda en nuestro gusto, y, por consiguiente, en el teatro preferido; y si bien no deben desecharse estos elementos, primero porque no se puede, y además porque son en sí de gran valer, no es menos cierto que se debe procurar ensanchar los moldes y admitir el esfuerzo genial, que no sin tropiezos, pero con vigor é intención reflexiva, nos encamina á más anchos horizontes.

Eso intenta y eso prueba el Sr. Echegaray; por eso yo, que no me quedo atrás en reconocer sus defectos (para mí siempre accidentales), me declaro su ardentísimo partidario, prefiriendo llegar á la pasión y á la paradoja á formar coro con esa turba de fariseos críticos, que ni siquiera tienen el instinto de la conservación, y no preven, aleccionados por tantos ejemplos, que sus mezquinas preocupaciones han de ser vencidas y olvidadas, si no son dignas de anatema, mientras el Sr. Echegaray, ó quien siga con fuerzas para ello su camino, ha de ser alabado, cuando menos, por la oportunidad del intento. Sí, porque nuestro

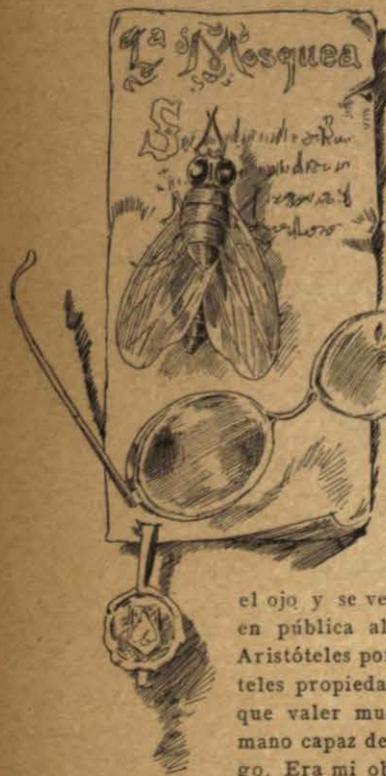
teatro se ahoga, como dije al principio; los caracteres se suceden y se parecen; cambia el azar que figura el poeta, pero no cambia el fondo dramático; y para hacer fecunda tan pobre semilla, no basta el esfuerzo aislado de tal ó cual ingenio feliz, pero cobarde. Hay que atreverse á renovar, y dejemos que se atreva ése que llaman todos los gacettilleros de la villa *genio extraviado*.

A la larga, siempre acierta el que se fía del genio.



aquel santuario de la sabiduría, mientras él iba á no sé qué Academia á negar un premio á cierta Memoria en que se le llamaba animal, no por llamárselo, sino por demostrar que no hay solución de continuidad en la escala de los seres.

La biblioteca de D. Eufrasio era una habitación tan



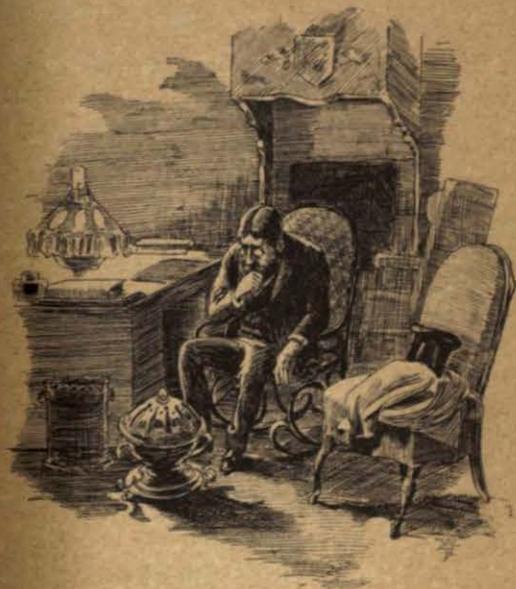
## LA MOSCA SABIA

### I

D. Eufrasio Macrocéfalo me permitió una noche penetrar en el *sancta sanctorum*, en su gabinete de estudio, que era, mas bien que gabinete, salón biblioteca; las paredes estaban guarnecidas de gruesos y muy respetables volúmenes, cuyo valor en venta había de subir á un precio fabuloso el día en que D. Eufrasio cerrase

el ojo y se vendiera aquel tesoro de ciencia en pública almoneda; pues si mucho vale Aristóteles por su propia cuenta, un Aristóteles propiedad del sabio Macrocéfalo tenía que valer mucho más para cualquier bibliómano capaz de comprender á mi ilustre amigo. Era mi objeto, al visitar la biblioteca de

D. Eufrasio, verificar notas en no importa qué autor, cuyo libro no era fácil encontrar en otra parte; y llegó á tanto la amabilidad insólita del erudito, que me dejó solo en



abrigada, tan herméticamente cerrada á todo airecillo indiscreto por lo colado, que no había recuerdo de que jamás allí se hubiera tosido ni hecho manifestación alguna de las que anuncian constipado: D. Eufrasio no quería constiparse, porque su propia tos le hubiera distraído de sus profundas meditaciones. Era, en fin, aquélla una habitación en que bien podría cocer pan un panadero, como dice Cam-

poamor. Junto á la mesa escritorio estaba un brasero todo ascuas, y al extremo de la sala, en una chimenea de construcción anticuada, ardían troncos de encina, que se quejaban al quemarse. Mullida alfombra cubría el pavimento, cortinones de tela pesada colgaban en los huecos, y no había rendija sin tapar, ni por lado alguno pretexto para que el aire frío del exterior penetrase atropelladamente, sino por sus pasos contados y bajo la palabra de ir calentándose poco á poco.

Largo rato pasé gozando de aquel agradable talorcillo, que yo juzgaba tan ajeno á la ciencia, siempre tenida por fría y casi helada. Creíame sólo, porque de ratones no había que hablar en casa de Macrocéfalo, químico excelente, especie de Borgia de los mures. Yo callaba, y los libros también; pues aunque me decían muchas cosas con lo que tenían escrito sobre el lomo, decíanlo sin hacer ruido; y sólo allá en la chimenea alborotaban todo lo que podían, que no era mucho, porque iban ya de vencida, los abrasados troncos.

En vez de evacuar las citas que llevaba apuntadas, arrelianéme en una mecedora, cerca del brasero, y en dulce somnolencia dejé á la perezosa fantasía vagar á su antojo, llevando el pensamiento por donde ella fuere. Pero la fantasía se quejaba de que le faltaba espacio entre aquellas paredes de sabiduría, que no podía romper, como si fuesen de piedra. ¿Cómo atravesar con holgura aquellos tomos que sabían todo lo que Platón dijo, y que gritaban aquí ¡Leibnitz! más allá ¡Descartes! ¡San Agustín! ¡Enciclopedia! ¡Sistema del mundo! ¡Crítica de la razón pura! *Novum organum!* Todo el mundo de la inteligencia se interponía entre mi pobre imaginación y el libre ambiente. No podía volar. ¡Ea! —le dije;— busca materia para tus locuras dentro del estrecho recinto en que te ves encerrada. Estás en la casa de un sabio; este silencio, ¿nada te dice? ¿No hay aquí algo que hable del misterioso vivir del filósofo? ¿No quedó en el aire, perceptible á tus ojos, algún rastro que

sea indicio de los pensamientos de D. Eufrasio, ó de sus pesares, ó de sus esperanzas, ó de sus pasiones, que tal vez, con saber tanto, Macrocéfalo las tenga? Nada respondió mi fantasía; pero en aquel instante oí á mi espalda un zumbido muy débil y de muy extraña naturaleza: parecía en algo el zumbido de una mosca, y en algo parecía el rumor de palabras que sonaban lejos, muy apagadas y confusas.

Entonces dijo la fantasía: «¿Oyes? ¡Aquí está el misterio! Este rumor es de un espíritu acaso; acaso va hablar el genio de D. Eufrasio, algún demonio, en el buen sentido de la palabra, que Macrocéfalo tendrá metido en algún frasco.» Sobre la pantalla de transparentes que casi tapaba por completo el quinqué colocado sobre la mesa, que yo tenía muy cerca, se vino á posar una mosca de muy triste aspecto, porque tenía las alas sucias, caídas y algo rotas, el cuerpo muy delgado y de color... de ala de mosca; faltábale alguna de las extremidades, y parecía, al andar sobre la pantalla, baldada y canija. Repitióse el zumbido, y esta vez ya sonaba más á palabras; la mosca decía algo, aunque no podía yo distinguir lo que decía. Acerqué más á la mesa la mecedora, y aplicando el oído al borde de la pantalla, oí que la mosca, sin esquivar mi indiscreta presencia, decía con muy bien entonada voz, que para sí quisieran muchos actores de fama:

—Sucedió en la suprema monarquía  
de la Mosquea, un rey que, aunque valiente,  
la suma de riquezas que tenía  
su pecho afeminaron fácilmente.

—¿Quién anda ahí? ¿Hospes, quis es?—gritó la mosquita estremecida, interrumpiendo el canto de Villaviciosa, que tan entusiasmada estaba declamando; y fué que sintió como estrépito horrisono el ligero roce de mis barbas con la pantalla en que ella se paseaba con toda la majestad que le consentía la cojera.—Dispense usted, caballero, continuó reportándose, me ha dado usted un buen susto; soy nervioso

sa, sumamente nerviosa, y además soy míope y distraída, por todo lo cual no había notado su presencia.

Yo estaba perplejo; no sabía qué tratamiento dar á aquella mosca que hablaba con tanta corrección y propiedad, y recitaba versos clásicos.



—Usted es quien ha de dispensar—dije al fin, saludando cortésmente:—yo ignoraba que hubiese en el mundo dip-  
tereros capaces de expresarse con tanta claridad y de aprender de memoria poemas que no han leído muchos literatos primates.

—Yo soy poliglota, caballero; si usted quiere, le recito en griego la *Batracomomaquia*, lo mismo que le recitaría toda la *Mosquea*. Estos son mis poemas favoritos; para ustedes son poemas burlescos, para mí son epopeyas grandiosas, porque un ratón y una rana son á mis ojos verdaderos

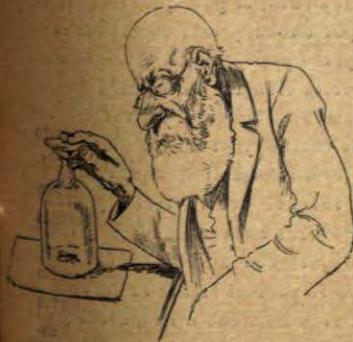
gigantes cuyas batallas asombran y no pueden tomarse á risa. Yo leo la *Batracomomaquia* como Alejandro leía *La Iliada*...

*Arjómenos proton Mouson yoron ex Heliconos...*

¡Ay! Ahora me consagro á esta amena literatura que refresca la imaginación, porque hartó he cultivado las ciencias exactas y naturales que secan toda fuente de poesía; hartó he vivido entre el polvo de los pergaminos describiendo caracteres rúnicos, cuneiformes, signos hieráticos, jeroglíficos, etc.; hartó he pensado y sufrido con el desgano que engendra siempre la filosofía; pasé mi juventud buscando la verdad, y ahora que lo mejor de la vida se acaba, busco afanosa cualquier mentira agradable que me sirva de Leteo para olvidar las verdades que sé.

Permitame usted, caballero, que siga hablando sin darle á usted meter baza, porque ésta es la costumbre de todos los sabios del mundo, sean moscas ó mosquitos. Yo nací en no sé qué rincón de esta biblioteca; mis próximos ascendientes y otros de la tribu volaron muy lejos de aquí,

en cuanto llegó la amable primavera de las moscas y en cuanto vieron una ventana abierta; yo no pude seguir á los míos, porque don Eufrasio me cogió un día que, con otros mosquitos inexpertos, le estaba yo sorbiendo el seso que por la espaciosa calva sudaba el pobre señor; guardó-



me debajo de una copa de cristal, y allí viví días y días, los mejores de mi infancia. Servíle en numerosos experi-

mentos científicos; pero como el resultado de ellos no fuera satisfactorio, porque demostraba todo lo contrario de lo que Macrocéfalo quería probar, que era la teoría cartesiana, que considera como máquinas á los animales, el pobre sabio quiso matarme, cegado por el orgullo, tan mal herido en aquella lucha con la realidad.

Pero en la misma filosofía que iba á ser causa de mi muerte hallé la salvación, porque en el momento de prepararme el suplicio, que era un alfiler que debía atravesarme las entrañas, D. Eufrasio se rascó la cabeza, señal de que dudaba, en efecto, si tenía ó no tenía derecho para matarme. Ante todo, ¿es legítima á los ojos de la razón la pena de muerte? Y dado que no lo sea, ¿los animales tienen derecho? Esto le llevó á pensar lo que sería el derecho, y vió que era propiedad; pero ¿propiedad de qué? Y de cuestión en cuestión, D. Eufrasio llegó al punto de partida necesario para dar un solo paso en firme. Todo esto le ocupó muchos meses, que fueron dilatando el plazo de mi muerte. Por fin, analíticamente, Macrocéfalo llegó á considerar que era derecho suyo el quitarme de en medio; pero como le faltaba el rabo por desollar, ó sea la sintética que hace falta para conocer el fundamento, el por qué, D. Eufrasio no se decidió á matarme por ahora, y está esperando el día en que llegue al primer principio, y desde allí descienda por todo el sistema real de la ciencia, para acabar conmigo sin mengua del imperativo categórico. Entretanto fue sin conocerlo, tomándose cariño, y al fin me dió la libertad relativa de volar por esta habitación: aquí el aire caliente me guarda de los furiosos del invierno, y vivo, y vivo, mientras mis compañeras habrán muerto por esos mundos, víctimas del frío que debe hacer por ahí fuera. Mas, con todo, yo envidio su suerte! Medir la vida por el tiempo, ¡qué necesidad! La vida no tiene otra medida que el placer, la pasión desenfrenada, los accidentes infinitos que vienen sin que se sepa ni cómo ni por qué, la incertidumbre de todas las horas, el peligro de cada momento, la va-

riedad de las impresiones siempre intensas. ¡Esa es la vida verdadera!

Calló la mosca para lanzar profundo suspiro, y yo aproveché la ocasión y dije:

—Todo eso está muy bien, pero todavía no me ha dicho usted cómo se las compone para hablar mejor que algunos literatos...

—Un día, continuó la mosca, leyó D. Eufrasio en la *Revista de Westminster* que dentro de veinte mil años,



caso, los perros hablarían, y, preocupado con

esta idea, se empeñó en demostrar lo contrario; compró un perro, un podenco, y aquí, en mi presencia, comenzó á darle lecciones de lenguaje hablado; el perro, quizá porque era podenco, no pudo aprender, pero yo, en cambio, fui recogiendo todas las enseñanzas que él perdía, y una noche, posándome en la calva de D. Eufrasio, le dije:

—Buenas noches, maestro, no sea usted animal; los animales sí pueden hablar, siempre que tengan regular disposición; los que no hablan son los podencos y los hombres que lo parecen.

D. Eufrasio se puso furioso conmigo. Otra vez había echado por tierra sus teorías; pero yo no tenía la culpa,

Procuré tranquilizarle, y al fin creí que me perdonaba el delito de contradecir todas sus doctrinas, cumpliendo las leyes de mi naturaleza. Perdido por uno, perdido por ciento uno, se dijo D. Eufrasio; y accedió á mi deseo de que me enseñara lenguas sabias y á leer y escribir. En poco tiempo supe yo tanto chino y sanscrito como cualquier sabio español; leí todos los libros de la biblioteca, pues para leer me bastaba pasarme por encima de las letras; y en punto á escribir, seguí el sistema nuevo de hacerlo con las patas; ya escribo regulares patas de mosca.

Yo creía al principio ¡incauta! que Macrocéfalo había olvidado sus rencores: mas hoy comprendo que me hizo sabio para mi martirio. ¡Bien supo lo que hacía!

Ni él ni yo somos felices. Tarde los dos echamos de menos el placer, y daríamos todo lo que sabemos por una aventurilla de un estudiante él, yo de un mosquito.

¡Ay! una tarde—prosiguió la mosca—me dijo el tirano: Ea, hoy sales á paseo.

Y me llevó consigo.

Yo iba loca de contenta. ¡El aire libre! ¡El espacio sin fin! Toda aquella inmensidad azul me parecía poco trecho para volar. «No vayas lejos,» me advirtió el sabio cuando me vió apartarme de su lado. ¡Yo tenía el propósito de huir, de huir por siempre! Llegamos al campo: D. Eufrasio se tendió sobre el césped, sacó un pastel y otras golosinas, y se puso á merendar como un ignorante. Después se quedó dormido. Yo, con un poco de miedo á aquella soledad, me planté sobre la nariz del sabio, como en una atalaya, dispuesta á meterme en la boca entreabierta á la menor señal de peligro. Había vuelto el verano, y el calor era sofocante. Los restos del festín estaban por el suelo, y el olor apetitoso acudieron bien pronto numerosos insectos de muchos géneros, que yo teóricamente conocía por la zoología que había estudiado. Después llegó el bando rumbón de los moscones y de las moscas mis hermanas. ¡Ay! una vez de la alegría que yo esperaba tener al verlas, sentí

pavor y envidia; los moscones me asustaban con sus gigantescos corpanchones y sus zumbidos rimbombantes; las moscas me encantaban con la gracia de sus movimientos, con el brillo de sus alas; pero al comprender que mi figura raquílica era objeto de sus burlas, al ver que me miraban con desprecio, yo, mosca macho, sentí la mayor amargura de la vida.

El sabio es el más capaz de amar á la mujer; pero la mujer es incapaz de estimar al sabio. Lo que digo de la mu-

jer es también aplicable á las moscas. ¡Qué envidia, qué envidia sentí al contemplar los secundos largos aéreos de aquellas coquetas entatadas, todas con mantilla, que huían de sus respectivos amantes, todos más gallardos que yo, para tener el placer, y darlo, de encontrarse á lo mejor en el aire y caer juntos á la tierra en apretado abrazo!

Volvió á callar la mosca infeliz; temblaron sus alas rotas, y continuó tras larga pausa:

—*Nessun maggior dolore  
Che ricordarsi del tempo felice  
Nella miseria...*

Mientras yo devoraba la envidia y la vergüenza de tenerla y sentir miedo, una mosca, un ángel diré mejor, abandonó el vuelo y se posó á mi lado, sobre la nariz aguileña del



sabio. Era hermosa como la Vénus negra, y en sus alas tenía todos los colores del iris; verde y dorado era su cuerpo airoso; las extremidades eran robustas, bien modeladas, y de movimientos tan seductores, que equivalían á los seis pies de las Gracias aquellas patas de la mosca gentil. Sobre la nariz de D. Eufrasio, la hermosa aparecida se me antojaba Safo en el salto de Léucade. Yo, inmóvil, la contemplé sin decir nada. ¿Con qué lenguaje se hablaría á aquella diosa? Yo lo ignoraba. ¡Saber tantos idiomas, de



qué me servía, no sabiendo el del amor! La mosca dorada se acercó á mí, anduvo alrededor, por fin se detuvo en frente, casi tocando en mi cabeza con su cabeza. ¡Ya no vi más que sus ojos! Allí estaba todo el universo. *Kalé*, dije en griego, creyendo que era aquella lengua la más digna

de la diosa de las alas de verde y oro. La mosca me entendió, no porque entendiera el griego, sino porque leyó el amor en mis ojos.

—Ven—me respondió hablando en el lenguaje de mi madre:—ven al festín de las migajas, serás tú mi pareja; yo soy la más hermosa y á ti te escojo, porque el amor para mí es el capricho; no sé amar, sólo sé agradecer que me amen; ven y volaremos juntos; yo fingiré que huyo de ti...—Sí, como Galatea, ya sé, dije neciamente.—Yo no entiendo de Galateas, pero te advierto que no hables en latín; vuela en pos de mis alas, y en los aires encontrarás mis besos... Como las velas de púrpura se extendían sobre las aguas jónicas de color de vino tinto, que dijo Homero, así extendió sus alas aquella hechicera; y se fué por el aire zum-

bando: *¡Ven, ven!*... Quise seguirla, mas no pude. El amor me había hecho vivir siglos en un minuto; no tuve fuerzas, y en vez de volar, caí en la sima, en las fauces de D. Eufrasio, que despertó despavorido, me sacó como pudo de la boca, y no me dió muerte, porque aún no había llegado á la metafísica sintética.

## II

## La mosca de mi cuento

Tras nueva pausa prosiguió llorando:  
¡Cuánta afrenta y dolor el alma mía  
halló dentro de sí, la luz mirando  
que brilló, como siempre, al otro día!

Sí, volvimos á casa, porque yo no tenía fuerzas para volar ni deseo ya de escaparme. ¿Cómo? ¿Para qué? Mi primera visita al mundo de las moscas me había traído, «con el primer placer, el desengaño» (dispense usted si se me escapan muchos versos en medio de la prosa: es una costumbre que me ha quedado de cuando yo dedicaba suspirillos germánicos á la mosca de mis sueños). Como el *jeune enferme* de Chenier, yo volví herida de amor á esta cárcel lúgubre, y sin más anhelo que ocultarme y saborear á solas aquella pasión que era imposible satisfacer; porque primero me moriría de vergüenza que ver otra vez á la mosca verde y dorada que me convidó al festín de las migajas y á los juegos locos del aire. Un enamorado que se ve en ridículo á los ojos de la mosca amada, es el más desgraciado mortal, y daría de fiijo la salvación por ser en aquel momento, ó grande como Dios, ó pequeño como un infusorio. De vuelta á nuestra biblioteca, D. Eufrasio me preguntó con sorna: «¿Qué tal, te has divertido?» Yo le contesté mordiéndole en un párpado: se puso colérico.

«¡Máteme usted!» le dije.—¡Oh! ¡Así pudiera! pero no puedo: el sistema no está completo: *subjetivamente* podría matarte; pero falta el fundamento, falta la síntesis.»

¡Qué ridículo me pareció desde aquel día Macrocefalo! ¡Esperar la síntesis para matar, cuando yo hubiera matado á todas las moscas machos y á todos los moscones del mundo que me hubiesen disputado el amor, á que yo no aspiraba, de la mosca de oro! Más que el deseo de verla pudo en mí el terror que me causaba el ridículo, y no quise volver á la calle ni al campo. Quise apagar el sentimiento y dejar el amor en la fantasía. Desde entonces fueron mis lecturas favoritas las leyendas y poemas en que se cuentan hazañas de héroes hermosos y valientes: la Batracomomaquia, la Gatomaquia, y sobre todo, la Mosquea, me hacían llorar de entusiasmo. ¡Oh, quién hubiera sido Maramaquiz, aquel gato romano que, atropellando por todas calderas de fregar inclusive, buscaba á Zapaquiida por tejados, guardillas y desvanes! Y aquel rey de la Mosquea, Salomón en amores, ¡qué envidia me daba! ¡Qué de aventuras no fraguaría yo en la mente loca en la exaltación del amor comprimido! Díme á pensar que era un Reinaldos ó un Sigfrido ó cualquier otro personaje de leyenda, y discurrí la traza de recorrer el mundo entero del siguiente modo: pedíle á D. Eufrasio que pusiera á mi disposición los magníficos atlas que tenía, donde la tierra, pintada de brillantísimos colores en mapas de gran tamaño, se extendía á mis ojos en dilatados horizontes. Con el fingimiento de aprender geografía pude á mis anchas pasearme por todo el mundo, mosca andante en busca de aventuras. Hiceme una armadura de una pluma de acero rota, un yelmo dorado con restos de una tapa de un tintero; fué mi lanza un alfiler, y así recorrí tierras y mares, atravesando ríos, cordilleras, y sin detenerme al dar con el Océano, como el musulmán se detuvo.

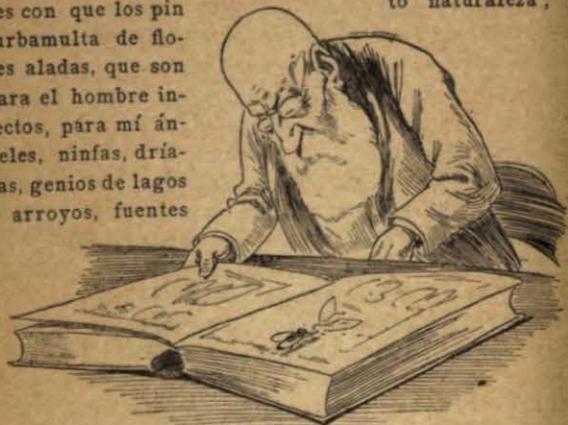
Los nombres de la geografía moderna parecíanme pre-saicos, y preferí para mis viajes las cartas de la geografía

antigua, mitad fantástica, mitad verdadera: era el mundo para mí según lo concebía Homero, y por el mapa que esta creencia representaba, era por donde yo de ordinario paseaba mis aventuras: iba con los dioses á celebrar las bodas de Tetis al Océano, un río que daba vuelta á la tierra; subía á las regiones hiperbóreas, donde yo tenía al cuidado de honradísima dueña, en un castillo encerrada, á mi mosca de oro. Cazaba los insectos menudos que solían recorrer las hojas del atlas y se los llevaba prisioneros de guerra á mi mosca adorada, allá á las regiones fabulosas.

—Éste—le decía—fué por mí vencido, sobre el empinado Cáucaso, y aún en sus cumbres corre en torrentes la sangre del mosquito que á tus pies se postra, malferido por la poderosa lanza á que tú prestas fuerza, ¡oh mosca mía! con dársela á mi brazo por conducto del alma que te adora y vive de tu recuerdo.—Todas estas locuras, y aun infinitas más, hacía yo y decía, mientras pensaba D. Eufrasio que estudiaba á Estrabon y Ptolomeo. —La novela en Grecia empezó por la geografía; fueron viajeros los primeros novelistas, y yo también me consagré en cuerpo y alma á la novela geográfica. Aunque el placer del fantasear no es intenso, tiene una singular voluptuosidad, que en ningún otro placer se encuentra, y puedo jurar á usted que aquellos meses que pasé entregado á mis viajes imaginarios, paseándome por el atlas de D. Eufrasio, son los que guardo como dulces recuerdos, porque, en ellos, el alivio que sentí á mis dolores lo debí á mis propias facultades. Poetizar la vida con elementos puramente interiores, propios, éste es el único consuelo para las miserias del mundo: no es gran consuelo, pero es el único.

Un día D. Eufrasio puso encima de la mesa un libro de gran tamaño, de lujo excepcional. Era un regalo de Año Nuevo, era un tratado de Entomología, según decían las letras góticas doradas de la cubierta. El canto del grueso volumen parecía un espejo de oro. Volé y anduve hora tras hora alrededor de aquel magnífico monumento, histo-

ria de nuestro pueblo en todos sus géneros y especies. El corazón me decía que había allí algo maravilloso, regalo de la fantasía. Pero yo por mis propias fuerzas no podía abrir el libro. Al fin D. Eufrasio vino en mi ayuda: levantó la pesada tapa y me dejó á mis anchas recorrer aquel paraíso fantástico, museo de todos los portentos, iconoteca de insectos, donde se ostentaban en tamaño natural, pintados con todos los brillantes colores con que los pin turbamulta de flores aladas, que son para el hombre insectos, para mí ángeles, ninfas, dríadas, genios de lagos y arroyos, fuentes



y bosques. Reco brigada con tan colores, aquellas ninfas, donde la fantasía veía á montones argumentos para mil poemas: el corazón me decía «más allá;» esperaba ver algo que excediera á toda aquella orgía de tintas vivas, dulces ó brillantes. ¡Llegué por fin al tratado de las moscas! El autor les había consagrado toda la atención y esmero que merecen: muchas páginas hablaban de su forma, vida y costumbres; muchas láminas presentaban figuras de todas las clases y familias.

Vi y admiré la hermosura de todas las especies, pero yo

rrí ansiosa, em- ta luz y tantos soberbias lámi-

buscaba ansiosa, sin confesármelo á mí misma, una imagen conocida: ¡al fin! en medio de una lámina, reluciendo más que todas sus compañeras, estaba ella, la mosca verde y dorada, tal como yo la vi un día sobre la nariz de D. Eufrasio, y desde entonces á todas las horas del día y de la noche dentro de mí. Estaba allí, saltando del papel, grave, inmóvil, como muerta, pero con todos los reflejos que el sol tenía al besar con sus rayos las alas de sutil encaje. El amante que haya robado alguna vez un retrato de su amada desdeñosa, y que á solas haya saciado en él su pasión comprimida, adivinará los excesos á que me arrojé, perdida la razón, al ver en mi poder aquella imagen fiel, exactísima, de la mosca de oro. Mas no crea usted, si no entiende de esto, que fué de pronto el atreverme á acercarme á ella; no, al principio turbéme y retrocedí como hubiera hecho á su presencia real. Un amante grosero no respeta la castidad de la materia, de la forma; para mí, no sólo el alma de la mosca era sagrada: también su figura, su sombra misma, hasta su recuerdo. Para atreverme á besar el castísimo bulto tuve que recurrir á mi eterno novelar; en mis diálogos imaginarios ya estaba yo familiarizado con mi felicidad de amante correspondido; y así, como si no fuese nuevo el encanto de tener aquella esplendorosa belleza dócil y fiel al anhelante mirar de mis ojos, sin apartarse de ellos, como quien sigue un delirio de amor, acerquéme, tras una lucha tenaz con el miedo, y dije á la mosca pintada: «Estoy, señora, tan acostumbrado á que todo sea en mi amor desdichas, que al veros tan cerca de mí y que no hús al verme, no avanzo de miedo de deshacer este encanto, que es teneros tan cerca: tantas espinas me punzaron el corazón, señora, que tengo miedo á las flores; si hay engaño, sépalo yo después del primer beso, porque, al fin, ello ha de ser que todo acabe en daño mío.» No contestó la mosca, ni yo lo necesitaba: mas yo, en vez de ella, díjeme tantas ternuras, tan bien me convencí de que la mosca de oro sabía despreciar el vano atavío de la hermosura

aparente y conocer y sentir la belleza del espíritu, que al cabo, con todo el valor y la fe que el amante necesita para no ser desairado ó desabrido en sus caricias, lancéme sobre la imagen de ricos colores y de líneas graciosas, y en besos y abrazos consumí la mitad de mi vida en pocos minutos.

En medio de aquel vértigo de amor, en que yo estaba amando por dos á un tiempo, vi que la mosca pintada me decía, á intervalos de besos y entre el mismo besar, casi besándome con las palabras que decía: «Tonto, tonto mío, ¿por qué dudas de mí, por qué creer que la hembra no sabe sentir lo que tú sabes pensar? Tus alas rotas, tus movimientos difíciles y sin gracia aparente, tu miedo á los moscones, tu rubor, tu debilidad, tu silencio, todo lo que te abruma, porque juzgas que te estorba para el amor, yo lo aprecio, yo lo comprendo, y lo siento y lo amo. Ya sé yo que en tus brazos me espera oír hablar de lo que jamás supieron de amor otros machos más hermosos que tú; sé que al contarme tus soledades, tus luchas interiores, tus fantasías, has de ser para mí como sér divinizado por el amor: no habrá voluptuosidad más intensa que la que yo disfrute bebiendo por tus ojos todo el amor de un alma grande, arrugada y oscurecida en la cárcel estrecha de tu cuerpo flaco y empobrecido por la fiebre del pensar y del querer.» Y á este tenor, seguía diciéndome la mosca dorada tan deliciosas frases, que yo no hacía más que llorar y besarle los pies, aún más agradecido que enamorado. ¡Bendita fuerza de la fantasía que me permitió gozar este delirio, momento sublime de la eternidad de un cielo! Al fin hablé yo (por mi cuenta) y sólo dije con voz que parecía sonar en las mismas entrañas:—¿Tu nombre?—Mi nombre está en la leyenda que tengo al pie; esto dijo mi razón fría y traidora tomando la voz que yo atribuía á mi amada. Bajé los ojos y leí... *Musca vomitoria*.

Al llegar aquí, la voz de la mosca sabia se debilitó, y siguió hablando como se oye en la iglesia hablar á las mu-

jes que se confiesan. Yo, como el confesor, acerqué tanto, tanto el oído, que á haber sido la mosca hermosa penitente, hubiera sentido el perfume de su aliento (como el confesor) acariciarme el rostro. Y dijo así:

—¡Mosca vomitoria! Este era el nombre de mi amada. En el texto encontré su historia. Era terrible. Bien dijo Shakspeare: «estos jóvenes pálidos que no beben vino acaban por casarse con una meretriz.» Yo, casta mosca, enamorada del ideal, tenía por objeto de mis sueños á la enamorada de la podredumbre. Allí donde la vida se descompone, donde la química celebra esas orgías de miasmas envenenados que hay en los estercoleros, en las letrinas, en las sepulturas y en los campos de batalla después de la carnicería, allí acudía mi mosca de las alas de oro, de los metálicos cambiantes, Mesalina del cieno y de la peste. ¡Yo amaba á la mosca vampiro, á la mosca del *Vomitorium*! Yo había colocado en las regiones soñadas, en las regiones hiperbóreas, su palacio de cristal, y en las Hespérides su jardín de recreo; ¡por ella había corrido yo las aventuras más pasmosas que forjó la fantasía, estrangulando mosquitos y otras alimañas en miniatura, sin remordimientos de conciencia! Pero lo más horroroso no fué el desengaño, sino que el desengaño no me trajo el olvido ni el desdén. Seguí amando ciega á la *mosca vomitoria*, seguí besando loca sus alas de colores pintadas en el tremendo libro que me contó la vergonzosa historia.

Procuré, si no olvidar, porque esto no era posible, distraer mi pena, y como se vuelve al hogar abandonado por correr las locuras del mundo, así volví á la ciencia, tranquilo albergue que me daría el consuelo de la paz del alma, que es la mayor riqueza. ¡Ay! Volví á estudiar; pero ya los problemas de la vida, los misterios de lo alto no tenían para mí aquel interés de otros días; ya sólo veía en la ciencia la miseria de lo que ignora, el pavor que inspiran sus arcanos; en fin, en vez de la calma del justo, sólo me dió la calma del desesperado, engendradora de las eternas

tristezas. ¿Qué es el cielo? ¿Qué es la tierra? ¿Qué nos importa? ¿Hay un más allá para las moscas que sufrieron en la vida resignadas el tormento del amor? Ni yo sufro resignada, ni sé nada del más allá. La ciencia ya sólo me da la duda anhelante, porque en ella ya no busco la verdad, sino el consuelo; para mí no es un templo en que se adora, es un lugar de asilo; por eso la ciencia me desdeña. Perdida en el mar del pensamiento, cada vez que me engolfo en sus olas, las olas me arrojan desdeñosas á la orilla como cáscara vacía. Y este es mi estado. Voy y vengo de los libros sabios á la poesía, y ni en la poesía encuentro la frescura



lozana de otros días, ni en los libros del saber veo más verdades que las amargas y tristes. Ahora espero tan sólo, ya que no tengo el valor material que necesito para darme la muerte, que D. Eufrasio llegue á la Sintética, y sepa, bajo principio, que puede en derecho aplastarme. Mi único placer consiste en provocarle, picando y chupando sin cesar en aquella calva mollera, de cuyos jugos venenosos bebí en mal hora el afán de saber, que no trae aparejada la virtud que para tanta abnegación se necesita.

Calló la mosca, y al oír el ruido de la puerta que se abría, volió hacia un rincón de la biblioteca.

## III

D. Eufrasio volvía de la Academia.

Venía muy colorado, sudaba mucho, hacía eses al andar, y sus oji-

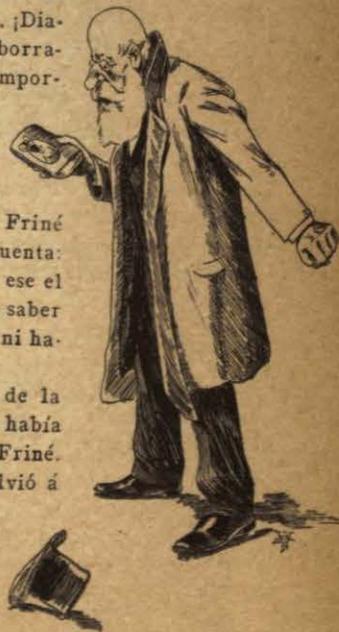
llos, medio cerrados, echaban chispas. Yo estaba en la sombra y no me vió. Ya no recordaba que me había dejado en su camarín, perfumado con todos los aromas bien olientes de la sabiduría.

Creía estar solo y habló en voz alta (al parecer era su costumbre), diciendo así á las paredes sapientísimas que debían de conocer tantos secretos:

—¡Miserables! ¡Me han vencido! Han demostrado que no hay razón para que el animal no llegue á hablar; pero afortunadamente no se fundan en ningún dato positivo, en ninguna experiencia. ¿Dónde está el animal que comenzó á hablar? ¿Cuál fué? Esto no lo dicen, no hay prueba plena; puedo, pues, contradecirlo. Escribiré una obra en diez tomos negando la posibilidad del hecho; desacreditaré la hipótesis. Estas copitas que he bebido en casa de Friné me han reanimado. ¡Diablos! esto da vueltas: ¿si estaré borracho? ¿Si iré á ponerme malo? No importa, lo principal es que les falte el hecho, el dato positivo. El animal no habla, no puede hablar.

¡Ja, ja, ja! ¡Qué hermosa es Friné! ¡Qué hermosa bestia! ¡Pues Friné habla! Bien, pero esa no se cuenta: habla como una cotorra, y no es ese el caso. Friné habla como ama, sin saber lo que hace; aquello no es amar ni hablar. ¡Pero vaya si es hermosa!

Macrocéfalo sacó del bolsillo de la levita una petaca: en la petaca había una miniatura: era el retrato de Friné. Le contempló con deleite y volvió á decir:—No, no hablan, los animales no hablan. ¡Bueno estaría que yo hubiese sostenido un error toda la vida!



En aquel momento la mosca sabia dejó oír su zumbido, voló, haciendo una espiral en el aire, y acabó por dejarse caer sobre la miniatura de Friné.

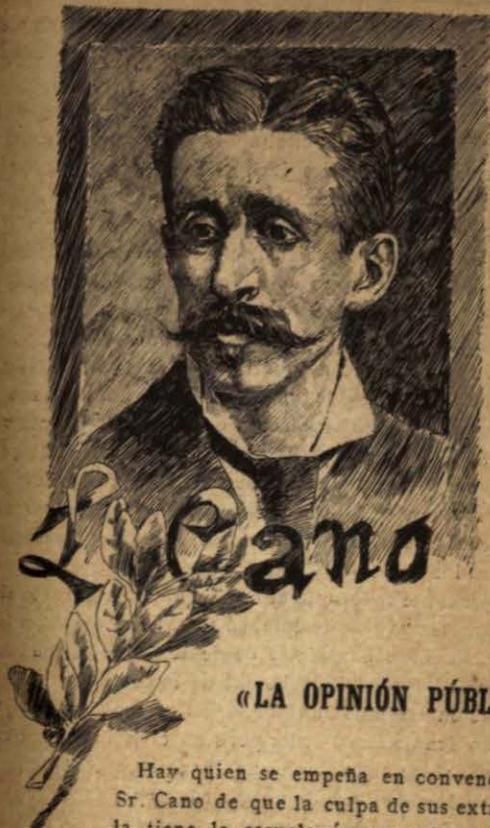
Macrocéfalo se puso pálido, miró á la mosca con ojos que ya no arrojaban chispas, sino rayos, y dijo en voz ronca:

—¡Miserable! ¿A qué vienes aquí? ¿Te ríes? ¿Te burlas de mí?

— ¡Como usted decía que los animales no hablan!

—No hablarás mucho tiempo, bachillera—gritó el sabio, y quiso coger entre los dedos á su enemiga. Pero la mosca voló lejos, y no paró hasta meter las patas en el tintero. De allí volvió arrogante á posarse en la petaca.—Oye, dijo á Macrocéfalo: los animales hablan... y escriben.—Y diciendo y andando, sobre la piel de Rusia, al pie del retrato de Friné, escribió con las patas mojadas en tinta roja: *Musca vomitori*. D. Eufrasio lanzó un bramido de fiera. La mosca había volado al cráneo del sabio; allí mordió con furia... y yo vi caer sobre su cuerpo débil y raquítico la mano descarnada de Macrocéfalo. La mosca sabia murió antes de que llegase D. Eufrasio á la filosofía sintética.

Sobre la tersa y reluciente calva quedó una gota de sangre, que caló la piel del cráneo, y filtrándose por el hueso llegó á ser una estalactita en la conciencia de mi sabio amigo. Al fin había sido capaz de matar una mosca.



### «LA OPINIÓN PÚBLICA»

Hay quien se empeña en convencer al Sr. Cano de que la culpa de sus extravíos la tiene la escuela á que pertenece, por mal de sus pecados. No lo crea el Sr. Cano: algo de escuela anda en el asunto; pero no es precisamente la escuela dramática lo que hace el caso. Lo peor que tiene el señor Cano es que no sabe hacer comedias, y esto no es ofenderle, porque yo tampoco sé, ni mis lectores probablemente tampoco: casi nadie sabe hacer comedias. Entre esta clase numerosa de los que no las saben hacer, hay una subclase:

la de aquellos que las hacen aunque no sepan. Esa es la madre del cordero, y no hay para qué echar la culpa al Sr. Echegaray de desaguisados que no le pertenecen.

Tampoco debe creer el Sr. Cano lo que le dicen de que es poeta de primer orden: el apólogo de Gloria es mediano, una de tantas poesías insignificantes que se ven todos los días en los periódicos ilustrados; y en cuanto al monólogo de Agramonte no vale, ni con mucho, lo que el apólogo; y si á monólogos vamos, allí están los del amo de la casa, que son ciento, y todos á cual peor. Dios se los bendiga.

Antes de entrar en el fondo de la cuestión, diré al Sr. Cano qué fué lo que pasó con aquello de la manzana de Guillermo Tell: Guillermo, según es público y notorio, apuntó á la manzana que estaba sobre la cabeza de su propio vástago (el de Guillermo), y, efectivamente, dió en el blanco; lo cual es muy distinto de apuntar á una persona y dar á otra, que es lo que piensa el Sr. Cano que hizo Guillermo. Eso lo haría cualquiera. El Sr. Cano, por ejemplo, apuntó al arte y dió en los cerros de Úbeda. Veamos cómo.

Conste, ante todo, que ni en el primer momento, ni después de entonces acá, me deslumbró ni fascinó á mí *La opinión pública*. El corazón me dijo desde el primer instante: ¡oh, esto no es bueno! Dios sabe que no lo era.

También dicen por ahí, Sr. Cano, que no le falta á usted instinto dramático. Puede; pero no crea usted eso de que el final del segundo acto es una gran cosa. Aquella ingenuidad que con la exactitud de un guarda-aguja acude en el momento crítico á decir que es su marido el hospiciano, se me antoja que se parece á un reloj de cuclillo que da la hora en punto. Por de pronto, en *La opinión pública* todos á casi todos los personajes son unos tunantes. Están en su derecho. La ley no se ha hecho para los delitos de las tablas; dígalo, si no, la impunidad con que nuestros actores más categóricos estropean aquel arte que ponderaba Cicerón con justicia.

Los delitos de lesa arte no tocan á la moral ni á la justicia.

Pero hay tunantes y tunantes: Agramonte, uno de los protagonistas (porque hay cinco ó seis) es un tuno que filosofa, y dice con una poesía que encanta á la crítica mejor enterada: «¿Quién me ha consultado á mí para obligarme á nacer?» Fundado en esto, en haber nacido sin comerlo ni beberlo, Agramonte se cree en el caso de insultar á la sociedad (esa abstracción, que aunque ofrece un consonante fácil tiene poco de dramática mirada por lo filosófico). Después de estas cursilerías del año 30, el hospiciano, como mejor procede en derecho, parece en estrados y hace el amor á su madre; no en calidad de madre, pero sí en calidad de mujer casada. Agramonte también está casado; pero no importa, por algo es él hospiciano y le metieron su día.

por el torno de la Inclusa,

como dice el Sr. Cano.

Agramonte propone á su madre la fuga, y para facilitarla delata al marido, á D. Juan (una especie de D. Baldomero), y hace que la policía le eche mano, precisamente cuando el tal D. Juan y el Agramonte tenían pendiente un desafío. Todo esto sería horrorosamente criminal si Agramonte no fuera hospiciano; pero esta pícara sociedad se tiene merecido eso y mucho más; y así, lo que debe hacerse en adelante para no incurrir en los severos dramas del Sr. Cano, es cerrar la Inclusa y dejar á los chicos en el arroyo. Con esto quedaremos todos en paz, y ya no habrá más monólogos de esos que hacen los poetas de primer orden.

Pero, ¿y la opinión pública? dirán ustedes. ¿Dónde anda la opinión pública? ¿qué ha hecho la pública opinión? En el drama del Sr. Cano no ha hecho más que muchos versos malos, y de cuando en cuando ha servido para dar el